

# Presentación

Cuando el modernismo empezaba a manifestarse en la velocidad; en la literatura, con el reportaje; en el teatro, con la revista y en el cine desaparecían los films de múltiples jornadas para dar paso a las actuales bellas producciones que en su corto metraje resumen varios episodios, era natural que en la música surgiera algo inédito, aglutinador de aquel dinamismo cada día más pujante.

Y nació el Jazz.

Era el compendio del sentir de nuevas generaciones.

Para darle forma, pulirlo, quitarle el "snobismo" cuajado de disfraces y comi-dades de gusto dudoso que lo mancillaban, sus fervientes propulsores se juntaron en clubs, donde, a base de sesiones gramofónicas con discos o emisiones de radio nacional o extranjeras por los conjuntos más solventes de nuestra música, eran educados los aficionados, cada día más numerosos, en lo que debía ser una verdadera música de Jazz.

Nuestro Club fué de los primeros de Cataluña, y quizás el que más se ha distinguido en la celebración de conciertos por conjuntos e individualidades maestras en este género, así como en el hacer justicia a cuantos valores locales han laborado por su enaltecimiento.

Varios han sido los homenajeados, pero faltaba uno que, sin ser exclusivamente de nuestro campo, ha laborado por él en múltiples aspectos como no era dable de esperar de su reputación como clásico: el maestro José M.<sup>o</sup> Ruera.

Y es que por encima de unos y otros géneros musicales, él es amante de la música, que sabe distinguir la buena, allí donde quiera se encuentre.

—Amemos siempre la buena música —nos decía él—. La buena música se halla lo mismo en uno que en otro sector.

—Pero, querido maestro —le preguntábamos— ¿Como se sabe distinguir la una de la otra?

—Se sabe que es buena, si después de mucho tiempo de haberla oído repetidas veces no solamente no os cansa, sino que os gusta cada día más y más. Por el contrario, cierta tonadilla os gustará en un principio, pero después de haberla oído unas docenas de veces, se os hace insoportable. Ello es la demostración de su pésima calidad.

Y así pensando de esta forma, él labora incansablemente por la música en general, sin fanatismos por una u otra, que la música no conoce sectarismos y está llamada a hacer posible el concierto máximo entre los pueblos, haciendo que la Humanidad, acorde al mismo compás, logre la compenetración tan deseada.

Este es su lema.

Y un virtuoso del arte como el maestro José M.<sup>o</sup> Ruera que no vive, no siente no respira otra cosa que música, bien merece el sencillo homenaje de quienes comprendiéndole, no están llamados como él a escribir ninguna gesta en la Historia de la Música, donde él tiene reservada una página de oro.

Por esto hoy nos congratulamos en ofrecer a nuestro homenajeados el testimonio ferviente de nuestra admiración más sincera, haciendo votos para que por muchos años continúen siendo fructíferos sus esfuerzos en la más noble de las artes.

La Junta

Granollers, Abril 1943